

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

Wu Yuanshan, *15 Poemas Ci de las dinastías Tang y Song*. México Universidad Autónoma Metropolitana, 1981. Pp. xvii+32.

Hacia el final de la dinastía Tang (618-907, D.C.) un género literario antes considerado subliterario empezó a gozar de consideración artística: el género de *Ci* ("palabras", i.e., la lógica de una canción). El término se refería a las canciones escuchadas en los centros de diversión de las grandes metrópolis que empleaban melodías muy diferentes de las viejas piezas estilo *yuefu* (canciones populares) cuya tradición musical se remontaba a la dinastía Han (206 A.C.-220 D.C.)

Una infiltración continua de la música de Asia central —incluso de la India— durante los siglos de las Seis Dinastías (220-589 D.C.) y sobre todo de Tang, había transformado la tradición musical china. Las obras simétricas de los poetas de Tang se habían contado con esta nueva música, pero las nuevas melodías no se ajustaban adecuadamente a la lírica china, a no ser que los/las cantantes extendieran unas palabras, descuidaran otras, o improvisaran acá y allá. Con el declinar político de Tang, la calidad del verso formal (*lüshu*, "verso regular") también bajó. Los jóvenes poetas, en lugar de preparar poemas serios para los exámenes gubernamentales, encontraron más divertido escribir *ci* sobre el amor y las bellas mozas utilizando las líneas impares y variados patrones de tono y ritmo que se escuchaban en los barrios de placer. La antología *Huajianji* "Entre las Flores" de la segunda mitad del siglo IX refleja esta tendencia. El género *ci* llegó a ser un verdadero vehículo lírico sólo durante la dinastía Song (960-1279 D.C.), cuando poetas como Su Shi (1036-1101) y Xin Qiji (1140-1207) aumentaron el alcance y profundizaron el tono del género. Muchos de los mejores versos del Song fueron escritos según los cientos de patrones *ci*. Con el tiempo, se olvidaron las melodías y sólo permanecieron los modelos literarios que, no obstante, los literatos chinos, siguieron produciendo.

La obra de Wu Yuanshan¹ nos proporciona quince ejemplos del género *ci*: cinco piezas de Su Shi, dos de Xin Qiji, dos de Fan Zhongyan (989-1052) y una de cada uno de los siguientes poetas: Huang Tingjian (1045-1105), Zhou Bangyan (1057-1121), Li Qingzhao (1084-?), la única mujer, Zhu Dunru (antes de 1127), Li Yu (937-978) y Wei Zhuang (836-910). Para cada pieza se proporciona el texto en chino, la traducción al español y unas breves notas sobre los autores y alusiones literarias encontradas en los textos. Las versiones del Sr. Wu son a la vez exactas y de un alto nivel literario. Aunque, dice el traductor, "ni totalmente literales ni totalmente libres, son las versiones; imposible trasladar su música, es decir, su ritmo y forma", los resultados son muy buenos, particularmente en lo que se refiere a la "música," como puede mostrar el ejemplo siguiente:

Según Si Di-xiang

Por Wei Zhuang

Paseo de primavera,
flores de almendra
se me arrojan a la cabeza
"¿De qué familia es
el joven que va por el sendero?"
Es tan bello,
que yo me casaría con él
y sería feliz toda la vida,
aunque me traicionara, ingrato,
nunca me apartaría de su lado.

Es de esperar en el futuro otras obras del Señor Wu en el mismo campo de la traducción.

RUSSELL MAETH CH.

NOTA

Wu Yuanshan, joven chino, actualmente cursa estudios de letras hispanoamericanas contemporáneas en El Colegio de México.

Carmen Blacker y Michael Loewe (eds.), *Ancient Cosmologies*, London, George Alien & Unwin Ltd., 1975.

Para los estudios llamados orientales, el presente y el pasado son conceptos sumamente relativos. Lo actual y lo antiguo provocan todavía en muchos países de Africa, en el Medio Oriente y en la India una de las contradicciones históricas más dinámicas, que influyen tanto en el desarrollo nacional como en la política exterior. Y, en cierto grado, podemos vislumbrar una situación analógica aún en la China del período posterior a la Revolución Cultural y en el Japón, llegado quizá, al término de su *boom* económico. Es útil, entonces, pasar revista a los acontecimientos actuales tomando en cuenta los conceptos tradicionales del mundo —*Weltanschauungen*— que se han elaborado durante milenios en las culturas de Asia y Africa y que, de una manera u otra, siguen vigentes y ejerciendo influencia (a menudo inconscientemente) en el mundo de hoy.

En la obra que comentamos se exploran ocho cosmologías "antiguas": 1) Egipto antiguo (J.M. Plumley); 2) Sumaria y Babilonia (W.G. Lambert); 3) Israel antigua (L. Jacobs); 4) China naciente (J. Needham); 5) India antigua (R. F. Gombrich); 6) Islam (E. Jachimowicz); 7) Los Vikingos (H.R. Ellis Davidson) y 8) Grecia antigua (G.E.R. Loyd). La obra concluye con un ensayo sobre la herencia europea por P. Grierson. Todos los ensayos tratan de responder a la pregunta: ¿Cómo era la forma del universo imaginada por esos pueblos antiguos, que no tuvieron acceso a los conceptos modernos de geografía y astronomía? Como se puede imaginar, las respuestas son diversas. Aquí merece la pena citarse *in extenso* el resumen de la Profr. Blacker (pp. 13-16):

Se presenta una gama notable de respuestas. Los egipcios del Profr. Plumley vivían en una isla plana cortada por un gran río sobre el cual estaba colgado un dosel sostenido por cuatro postes. Los babilonios del Profr. Lambert no se veían, como se supone comúnmente, sobre las cuestas de un vasto *ziggurat*, sino en un

universo de dos capas sobrepuestas, unidas por una soga o escalera cósmica. El Rabin Jacobs, con la ayuda del comentario rabínico, explica cómo en el universo del Antiguo Testamento la tierra se relacionaba con el misterioso "firmamento," las aguas arriba del firmamento, las fuentes del abismo, y el depósito de los vientos.

De la India antigua, el Dr. Gombrich nos presenta varias cosmologías védicas, brahmánicas, jainitas y budistas. En todas ellas, el universo está traspasado por una vasta montaña eje, alrededor de la cual están ordenados, a varios niveles, los continentes de nuestro propio mundo junto con las etapas de los cielos y de los infiernos requeridos por la doctrina india de reencarnación. Para los hindúes, el universo era un huevo redondo, cubierto de siete cáscaras concéntricas compuestas de diferentes elementos. Para los jainitas, no obstante, el universo estaba formado por algo como un hombre enorme o, a veces, como un reloj de arena de cintura estrecha y se medía en términos de "una unidad extraña", el *rajju*, definido como el espacio viajado por un dios que vuela a razón de 2 057 152 *yojana* por "guiñada." Para los budistas, el universo consta de tres niveles horizontales: el mundo del deseo, en el cual se encontraba nuestra tierra, cubierta primero por el mundo de las formas y luego por el misterioso mundo de la no forma flotando bien arriba de la cumbre de la montaña eje, que claramente es una traducción, en términos espaciales, de varios estados místicos de la conciencia.

La imagen poderosa del *axis mundi* aparece otra vez en el universo nórdico del Dr. Davidson, con su enorme Arbo en el centro de los nueve mundos, sus raíces entrelazadas con serpientes que se extienden a las regiones de abajo, y sus ramas que tocan los cielos.

En cuanto al universo chino, el Dr. Needham escoge, de entre el gran aspecto de doctrinas cosmológicas indígenas, tres temas: la esfera celeste, el domo y "la visión de un espacio infinito con cuerpos celestes flotando a intervalos irregulares. Considera luego el interesante problema de la ubicación del mundo de los muertos. Los cielos y los infiernos, nos dice, sólo aparecieron en el cosmos chino con el advenimiento del budismo. La "polaridad ética" estaba ausente del antiguo universo chino en lo que se refiere al destino de los muertos: tanto los justos como los injustos iban a parar a un averno llamado "Las Fuentes Amarillas."

En Grecia, según el Dr. Loyd, ninguna teoría cosmológica ortodoxa predominaba. Nos enfrentamos a una pluralidad de teorías. Sabemos de filósofos que hablaban del universo como un organismo vivo con alma, o como un artefacto, o con el producto de un artesano o de un diseñador, o como una entidad política. Y, aunque se preferían las teorías geocéntricas, como el hombre en el centro ya en el siglo III a.C., existían teorías basadas en la heliocentricidad, con una rotación axial diaria de la tierra y una revolución anual alrededor del sol.

Los árabes del Dr. Jachimowicz también nos proporcionan una tradición mixta. Por una parte, leemos en *El Corán* y en la literatura *mi rādjmāna* acerca de la ascensión de Mahoma al Trono de Dios a través de diez distintos niveles cósmicos. No obstante, encontramos también filósofos árabes medievales que escriben sobre un cosmos plenamente influidos por el pensamiento aristoteliano y ptolemaico un universo de nueve esferas que se extiende desde la tierra sublunaria hasta la Esfera de las Esferas, más allá de las estrellas fijas.

En ciertas cosmologías, el espacio no es separable del tiempo, y ningún relato de la forma del universo tiene sentido a no ser que sepamos como ello en primer lugar llegó a ser así. Para algunos pueblos antiguos, el relato de la creación del universo es una característica esencial de su cosmología... Por otra parte del Dr. Needham sacamos la conclusión de que la idea de la creación no era de primera importancia para los chinos. Tampoco se interesaban los griegos ni los jainitas de los comienzos. Entre los hindúes el tiempo se concebía en una escala tan asombrosamente vasta como la del espacio... En los sistemas cósmicos griegos, nórdicos y chinos, el tiempo también era cíclico. Realmente, la idea del tiempo lineal sólo se encuentra con alguna claridad en el universo del Antiguo Testamento.

La forma del universo también depende en cierta medida de sus elementos físicos constituyentes. A la pregunta, ¿De qué está compuesto el universo? le corresponde una gran gama de respuestas, desde las relativamente sencillas de tierra, aire y agua de los egipcios antiguos a las teorías sofisticadas propuestas por los hindúes, griegos y filósofos árabes bajo la influencia griega, en las cuales cuatro, cinco o seis elementos sometidos a influencia y combinaciones mutuas.

Finalmente tenemos la discusión del Prof. Grierson sobre la herencia recibida por Europa de esos sistemas antiguos una

herencia doble que combina las ideas griegas de la estructura del universo con las ideas judías de sus orígenes. Ha habido contradicciones entre el sistema ptolemaico recibido desde Grecia, con sus esferas cristalinas y translúcidas y el relato bíblico de la Creación, Caída y Redención del hombre. Durante la Edad Media, no obstante, tal sistema, cada vez más elaborado según las ideas de correspondencia astrológicas, constituyó para gran parte de Europa, su concepción del mundo. Su derrumbe, que el Prof. Grierson atribuye no sólo a Copérnico, Kepler y Darwin, sino al descubrimiento de América, los viajes portugueses a la India y el hábito de considerar la experiencia y no la autoridad antigua como la matriz de conocimientos, no llegó sino hasta después del Renacimiento.

Como observación final, podemos recomendar este libro a los lectores de *Estudios*, no sólo en lo que se refiere a las culturas de Asia y Africa sino en lo que se refiere a la propia cosmología actual de Occidente.

¿Es posible seguir comprendiendo al mundo científica, política, y socialmente en términos de esquemas conceptuales elaborados en el siglo pasado cuando, para nosotros seres de la penúltima década del siglo XX, la cosmología ya se define como "la química de la geometría en el superespacio, donde no existe ni el tiempo ni el espacio, pero que es, no obstante, la realidad real"?

RUSSELL MAETH CH.